



Lo peor del Tribunal de Nuremberg es que no fue capaz de sentar jurisprudencia. Mientras se construía ese edificio jurídico, se estaba violando ya.

VICTIMAS Y CULPABLES

JUAN ALDEBARAN

DURANTE todas las discusiones y en todas las encuestas que ha producido en España la proyección de la película "Holocausto" en la televisión, y en las cartas de lectores a los periódicos, se ha advertido una tendencia unánime en las personas más o menos comprometidas con el régimen nazi o en las que defienden una tendencia parecida para el futuro: aquello fue horrible, pero no fue único. El hombre, "nosotros", cualquier régimen, cualquier pueblo, es capaz de repetir actos similares. La negación de que tales horrores existieron ha sido escasa, y sólo apuntada por los más estultos. Es un tipo de reflexión muy frecuente, que ha llegado a producir una escuela científica, lógicamente defendida e instaurada por un alemán, Konrad Lorenz: la de la "agresividad humana". El instinto te-

rritorial, la defensa propia, la supervivencia del más fuerte, etcétera. No olvidemos que la justificación científica de este tipo de hechos es anterior al nazismo y prácticamente nacen de Darwin, de la "lucha por la existencia" y de la evolución de las especies en el sentido del triunfo del más fuerte. Precisamente la gran escuela de la izquierda, de la que se podría seleccionar como muestra el nombre de Rousseau, presenta el rostro contrario: la bondad y el instinto social son "naturales"; el hombre está pervertido por la organización de la sociedad...

Difícilmente se podrá negar a los pro nazis, paranazis o cripto nazis la veracidad de los argumentos que emplean en ese sentido, y la enormidad de citas que podrían hacerse y se hacen: el genocidio de los aztecas sobre los pueblos vecinos, la Santa Inquisi-

ción, los españoles en América, el exterminio de los pieles rojas, el diezmo de los armenios; la bomba de Hiroshima y la de Nagasaki... O lo que con mayor fruición repiten, y no es falso: la fosa de Katyn, las purgas de Stalin, los campos soviéticos. Se ha señalado que hay notables hechos diferenciales en la cuestión nazi: si Stalin es una corrupción de un marxismo que no preveía ni preconizaba el exterminio, si la Santa Inquisición es una deformación monstruosa de una religión de fe y amor, el nazismo tenía inscritos ya en sus principios doctrinales y en su filosofía este exterminio. Y los sucedáneos de ese régimen que van produciéndose lo siguen practicando.

El problema esencial está en la continuidad. Es decir: se supone que la civilización va abandonando el sistema de la matanza, de la represión, para ir por un camino de ma-

yor tolerancia y de respeto a las minorías. No pasa de ser una suposición. No hay que ir muy lejos para advertir que grupos enteros participan de la muerte y la violencia como armas definitivas para imponer su ideología: nos está pasando en España, donde las variantes van desde el asesinato a las peticiones de restauración de la pena de muerte. Pero el aspecto más grave de la cuestión es cuando este tipo de grupos, como sucede en bastantes países, ocupan el poder y convierten la muerte, la violencia, la tortura y la cárcel en sistema de gobierno. Es decir, cuando el nazismo se reproduce. Está sucediendo en gran parte del mundo. Lo peor del Tribunal de Nuremberg no fue, como frecuentemente se dice en los círculos pro nazis, la venganza del vencedor sobre el vencido, sino que no fue capaz de sentar jurisprudencia. Esta-

bleció en clarísimos y fundamentales textos jurídicos la noción de genocidio, de crimen de guerra. Son difícilmente objetables, son incluso de gran belleza legal. Forman un armazón de defensa de los derechos del hombre; se complementaron pronto por las declaraciones fundacionales de las Naciones Unidas y por la nueva declaración de derechos del hombre. Mientras se construía ese edificio jurídico, se estaba violando ya. Hoy existen regímenes en el mundo que responden a doctrinas similares a las de la Alemania del III Reich: muchos de ellos están siendo sustentados, abastecidos, armados por los mismos vencedores del nazismo, por los mismos países que suministraron magistrados, textos, horcas y verdugos en Nuremberg.

Es curioso que no salgan citados en estas listas de genocidios anteriores y posteriores, situaciones como las de Argentina, Chile, Uruguay, o como la que presiden todavía gran parte de Nicaragua, la Nicaragua de Somoza. Se citan con entusiasmo los campos de concentración soviéticos, que ya no existen —aunque exista una odiosa persecución de los disidentes políticos y un régimen opresivo y falto de libertades—; pero no se citan los términos de opresión de otro comunismo, como el de China: y la excusa de que China se ha sumado al bando occidental en materia de política exterior no solamente no es suficiente, sino que es precisamente contraria, puesto que Occidente, si fuese fiel a sus propias doctrinas, no habría podido admitir ese aliado. Se habla de Camboya de ahora y no de la de ayer mismo, la del khmer rojo, que era pro chino. Y Pinochet y Videla pasan como de incógnito, con sus matanzas y sus cárceles, por esta lista de los grandes tiranos de nuestros días. Todo parece reducirse al derribado y confuso Idi Amin; o a las ejecuciones sumarias del ayatollah Jomeini.

No parece justo, si se examinan a fondo los términos,

atribuir a una especie de sentido canibal y draculesco de la Humanidad estas matanzas: lo que se observa, en cualquier fenómeno de este orden, es que es la obra de unos cuantos sobre una inmensidad humana que no pretende matar, que no tiene esa agresividad. O que carece del espíritu de dominio. Se ha ocupado muy bien todo el mundo que ha intervenido en esta polémica en aislar al pueblo alemán, inocente, muchas veces ignorante de lo que estaba pasando, generalmente forzado también por la opresión del régimen, de lo que fue el grupo nazi. Sin embargo, a pesar de ese aislamiento, no se teme en caer en el tópico injusto de la "agresividad humana": no fue el pueblo alemán, no fue la humanidad alemana la que ocasionó el genocidio judío (aunque en gran mayoría se dejó arrastrar por una propaganda gigantesca descargando sobre judíos y antifascistas la generalidad del mal absoluto), sino el grupo nazi: no es el pueblo argentino el que mata a sus rojos y a sus judíos, sino el grupo de poder; como el pueblo ugandés no era, en absoluto, Idi Amin.

Si se evita la generalización se puede aislar el mal. Si no, no tendrá solución. Lo que conviene definir y separar claramente de la civilización que se intenta es la teoría de la dictadura, de la opresión y de la fuerza; más aún, lo que debe intentarse, por todos los medios es que la práctica de la opresión, la fuerza y la muerte no puede revestirse de la ideología contraria, de la civilización contraria.

Es cierto el alegato: los nazis no fueron los únicos culpables en la Historia del mundo. Pero tampoco lo es la Humanidad. Los actuales grupos imbuidos de la ideología nazi y totalitaria —aunque en algunos países se llaman comunistas, en otros demócratas y en todos nacionalistas— son los que deben claramente ser designados por sus nombres y por sus siglas: y los que deben ser aislados de las formas de la civilización. ■

EN EL NUMERO DE JULIO DE TIEMPO de HISTORIA

MARIA RUIPEREZ

HABLA ERNESTO GIMENEZ CABALLERO: MEMORIAS DE UN FUNAMBULO

CON más de ochenta años, este émulo de D'Annunzio, inspirador de "El Falangio", conferenciante de Hispanidades ubérrimas, iniciador de un cierto surrealismo literario, al que se apuntaría la intelectualidad española de los años veinte y treinta, desde Ramón Gómez de la Serna a Rafael Alberti, a través de las páginas de su inefable "Estafeta Literaria", acaba de publicar sus "Memorias de un dictador", en las que recorre a la velocidad de un Marinetti celíbero las etapas de una España abocada al drama de la guerra civil y la dictadura franquista, dictadura de la que Giménez Caballero fue acérrimo defensor y, como tantos otros, singular "lucero".

(En la foto, Giménez Caballero en sus días de esplendor.) ■



JOSE MARIA SOLE MARIÑO

1917: LOS NOVELISTAS RUSOS ANTE LA REVOLUCION

AQUELLOS días "eternamente jóvenes" de la Revolución de Octubre, que hacían exclamar a Malakovski: "No andamos, volamos, no volamos, nos movemos por exhalación"... supusieron para la intelectualidad rusa una auténtica toma de conciencia con las realidades de su época y de su país: convicciones deterioradas por largos años de humillación, cómodas posturas violentamente desmascaradas, cobardías puestas a la luz y actos de coraje rememorados; todo el bagaje de una inteligencia que, tras doscientos años de opresión y renuncia, se vio lanzada a la tarea de responsabilidad de educar a un pueblo, o de elegir el torturado y ambiguo camino del exilio.

(En la fotografía, Máximo Gorki hacia 1924.) ■



EN EL NUMERO DE JULIO DE TIEMPO de HISTORIA